

violentísimo, preveía las consecuencias de los errores de sus enemigos y calculaba cuánto podía servir á sus miras el aparente desden y el astutísimo disimulo, siempre que le diesen por resultado un completo triunfo. A pesar de la indignacion de su corte, de la ira de sus cardenales que requerian la autoridad del Pontífice á excomuniones inmediatas; á pesar del escándalo universal que en Roma causaba la intrusion irreverentísima en las atribuciones pontificias y el desacato atroz á los dogmas tradicionales; comprendiendo la suerte reservada por el destino al caprichoso *Interim*, nacido de la arbitrariedad y de la soberbia cesáreas, se contuvo en la mayor y mas sábia reserva y se limitó á soltar la cólera de toda la Alemania católica por medio del duque de Baviera y sus cegados secuaces.

No necesitaba el Catolicismo aleman de las excitaciones del Papa. La gran batalla que sostenia en el interior del imperio, dábale un celo excesivo propio del exaltado natural de todos los combatientes por necesidad y por oficio. Así es que los príncipes católicos, reunidos en asamblea, una vez sabedores del *Interim*, protestaron con verdadera fuerza en lenguaje por todo extremo audaz é irreverente. Como quien no quiere decirlo, dijéronle en plata sonante al Emperador que se guardase bien de invadir la jurisdiccion religiosa é hiciese lo posible por someter las minorías rebeldes y heréticas á las mayorías fieles y ortodoxas. En verdad, admiraba con grande admiracion á todo el mundo que quien tenia la espada, el cetro, la balanza, los elementos todos del poder, procediese en términos tales que se enajenase por un mero capricho la voluntad y la conciencia de sus súbditos. Mucho apenó á Carlos V la resistencia de los príncipes católicos, inauditos esfuerzos empleó en disuadirlos de tan ciega oposicion y ganarlos al poder imperial, pero nada tan tenaz como la servidumbre rebelada, y los católicos no cedieron hasta que declaró el César la no aplicacion de los cánones del *Interim* al Catolicismo.

Así es que, en una reunion de príncipes católicos y protestantes, hubo, despues de mutuas resistencias, sumisiones fingidas. El arzobispo de Maguncia expresó la fidelidad de los suyos al monarca; pero sin expresar tambien la adhesion al *Interim*. En cambio, los protestantes, muy quejosos de que el *Interim* no alcanzase tambien á los católicos, se sometieron y callaron. El afortunado Mauricio de Sajonia, revestido de despojos, bajó la cabeza sobre

el pecho é hincó la rodilla en tierra. Pero su situacion personal no podia ser ni mas angustiosa ni mas triste. Habia prometido á sus recientes vasallos conservarles el ejercicio público de sus respectivas creencias, y habia prometido al soberbio César someter estos mismos vasallos á las voluntades cesáreas y á las caprichosas componendas del *Interim*. Como toda posicion difícil, no tuvo mas salida que una irremediable catástrofe. Pesó, con grave pesadumbre, tocando en los límites del despotismo, sobre las dietas provinciales, y no pudo sojuzgarlas; pesó con mayor pesadumbre todavía sobre los protestantes, y no pudo someterlos. El *Interim*, solo encontraba en Sajonia oposicion moral y guerra á muerte. De consiguiente, un príncipe protestante se vió forzado por sus compromisos con la autoridad imperial á perseguir y acosar el Protestantismo. Violencias extremas necesitara si no tuviese á su disposicion el débil y apocado Melanchton. Consecuente este, como en tantas otras ocasiones de su vida, con la debilidad, con la flojeza, con la incertidumbre que constituian como la base de su carácter, tan diverso del carácter íntegro de Lutero, pres-tóse á las maniobras del usurpador Mauricio y razonó con argucias sofísticas la triste apostasía de su patria, razonando al par la sumision inexplicable á los arbitrarios cánones del *Interim*. Ésta última debilidad afeó una vez mas su carácter y una vez mas oscureció su nombre.

En aquella complicada y anárquica Germania siempre habia resquicios por donde pasaba la protesta y á que solia de algun modo atenerse la resistencia. Las ciudades anseáticas se presentaron mucho mas altivas que los electores protestantes; su impulso fué tan grande, que Carlos se vió precisado á circuir las y asaltarlas una á una. La primera en la desgracia fué la que lleva eternamente el título del símbolo protestante, fué Augsburgo. Ocupada militarmente en julio de 1548, no pudo resistir. El *Interim* resonó en sus púlpitos luteranos, sus iglesias volvieron á la antigua liturgia, su consejo municipal quedó disuelto, esparciéronse sus gremios, acabáronse todas sus asociaciones, la ciudad perdió sus franquicias, los heraldos del César promulgaron como un pregon cualquiera las nuevas ideas dictadas por la omnipotencia cesárea, y el Protestantismo tuvo que guarecerse, perseguido, allá en el fondo de la conciencia, y los hogares tuvieron que convertirse, merced al culto íntimo y secreto, en templos del Eterno.

La grande lucha del Emperador con las ciudades ¡ah! debe llamarse como la guerra empeñada en los territorios castellanos, debe llamarse indudablemente la guerra de las Comunidades. Con la libertad de su conciencia pierde cada uno de aquellos centros y albergues de sus ciudadanos la libertad de su administracion. Descorazonadas Nuremberg y Ratisbona por los sucesos de Augsburgo, se rinden fácilmente. Los regidores de Francfort que intentan resistir, se ven amenazados no solamente con la pérdida completa de su religion propia, sino tambien con la pérdida completa de su lengua nacional. Donde no podia Cárlos presentarse personalmente, mandaba sus esbirros como pudiera mandar sus ayudantes un afamado verdugo. Ult lo recibió en su seno al cual llegó airado, con maldiciones en los labios y la espada en el puño. Irguióse lo mas atrevido que hay en el mundo, la fe sincera frente á la omnipotencia imperial. Los sacerdotes del nuevo culto repugnaron la falsificada restauracion del antiguo, por medio de los sofismas del *Interim*, pero la cólera imperial reprodujo los tiempos de las persecuciones cristianas. Aquellos pastores de almas cayeron encadenados en poder de los tercios imperiales: las carretas militares lleváronlos como fieras apresadas de un punto á otro punto entre los furgones y tras las retaguardias; los pueblos privados de sus guías espirituales, seguíanlos despidiendo amargos sollozos y entonando sagrados cánticos; centenares de eclesiásticos luteranos dejaron sus templos y sus hogares para irse, peregrinos, de region en region y pordiosear, mendigos, de puerta en puerta; la soledad de los campos ofreció refugio seguro á la virtud espiritual de las creencias. Cuántas veces aquellos hombres atribulados, heridos, hambrientos, acogíanse á los altos picos de las montañas, á las guaridas inaccesibles de los buitres; y allí, los necesitados de su palabra los buscaban y los oían, convirtiendo aquellos asilos de acosados mártires en Thabores de celestiales transfiguraciones.

La persecucion imperial no se detiene ante ningun obstáculo. Entre las ciudades mas necesarias al poder de Cárlos V se halla Estrasburgo, punto estratégico indispensable á los proyectos militares que se refieren á Francia. De antiguo su situacion á las orillas del Rhin, su proximidad á las fronteras del vecino reino, proporcionábanle franquicias contra las cuales podian estrellarse las fuerzas todas del Imperio y por las cuales podia venir el extran-

jero al seno mismo de Alemania. Y Estrasburgo pasaba con razon por una de las ciudades mas protestantes del mundo. Comprendiólo así Cárlos, y á fin de que no dañara la uniformidad de sus resoluciones y no sufriera una excepcion por otras ciudades explotable, le impuso nominalmente el *Interim* y la dejó que ejerciera en paz el nuevo culto. Razones parecidas á las que militaban á favor de Estrasburgo, llave del alto Rhin, punto de las fronteras de Francia, militaban á favor de Constanza, llave de las fuentes del Rhin y punto estratégico en las fronteras de Suiza. Como quiera que arraigaba la Reforma en su seno desde los primeros dias en que apareció la Reforma, no quiso, no, entregarse al vencedor Constanza ni aun despues de la derrota de Mulberg. Mas á medida que crecian las repugnancias de estas inmortales ciudades, agravábanse las cóleras del Emperador y con ellas los castigos. Rotos los soldados expedidos para someterla, creció con su heroismo su desgracia, y abolidas sus franquicias, expulsados sus sacerdotes, desarmadas sus milicias, violados sus templos, oprimida su conciencia, tiene la infeliz que darse por necesidad al arbitrio del Austria. Nubes de espías preceden á nubes de esbirros y nubes de esbirros á nubes de verdugos. La conciencia se plega como si fuera material y tangible á los límites que le traza el cetro de aquel hombre, quien piensa en su delirio llevar el *Interim* á los helados climas de Escandinavia y al trono mismo de Inglaterra.

¡Ah! Estas arbitrariedades no pueden prevalecer. La espada que sirve como de verdadero eje á todo el planeta, se mella pronto en el filo invisible de una idea. Quien domina en las cimas de los Pirineos, de los Alpes, de los Andes, siendo su manto mas vasto aun que el Océano mismo, no puede, no, subir á las alturas de la conciencia humana, donde Dios ha puesto su propio inviolable trono. Jamás se vió tan clara la impotencia de los Estados para crear y difundir dogmas y religiones como en esta hora suprema. Todo su poder lo puso Cárlos V á servicio del *Interim*, su hechura. Fraguólo en las soledades altísimas de su santuario y condújolo por el mundo en las puntas de sus lanzas. Pero disgustó al Papa de Roma, hirió al duque de Baviera, concitó contra sí las iras de las ciudades germánicas, y con tamaña obra de conciliacion solo alcanzó enconar las pasiones de los ánimos y extender los horrores de las guerras.